

## Cuentos del paraíso de las islas

08

### 03 Los hijos del agobio

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 22

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

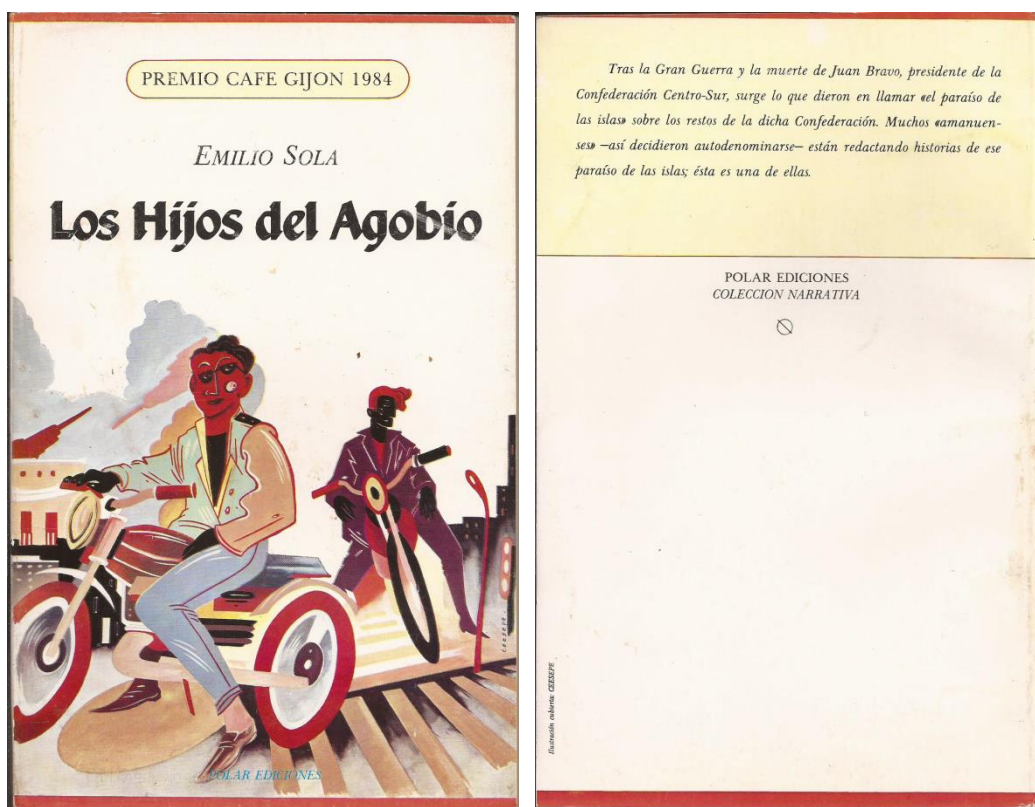
# Cuentos del paraíso de las islas

08

## 03 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



### CAPITULO III

En el primer cruce que encontraron Mata Maxa organizó un alto general.

—Damos mucho cante. Hay que separarse —dijo, y todos lo comprendieron.

Trazó un breve plan, habitual para situaciones como aquella de medio huída. De dos en dos las motos se irían desviando de la principal por carreteras de segundo orden diferentes y confluirían, al caer la tarde, en un lugar acordado, en este caso calculaban que mismamente en el chiringuito de Eulogio. En el primer ramal se desviarían Tutankamon y el Roqui, Bocanegra y Macorina; los niños J. L. Recio y Niñato protestaron porque ellos querían ir con el Tuta y el Roqui, pero Mata Maxa les dijo que ellos dos irían con ella, que tenía carnet de loco, que estaba bien así, que no estaban en viaje de bronca, sino todo lo contrario, y que. Se tranquilizaron. La Macorina quedó en ocuparse del tobillo del Roqui, muy hinchado y dolorido. El Tetas y el Chapa se irían con Goliat —la Kaka, que tenía carnet de loco también, debía ir con ellos pero ni ella ni Yoniyón quisieron y a la Mata no le pareció importante la cosa— y el Yoniyón y la Kaka con el Biela y la Manivela. La consigna era clara: venían de casa de Borondón, iban al chiringuito de Eulogio y no conocían al Colocado. Se repartieron el poco dinero que quedaba de lo que la Kaka había cogido al poli muerto para cafés y bocatas

o lo que se terciase; nadie se pararía hasta pasado el primer pueblo importante de la carretera secundaria. Lo de siempre. Recomendaron a Bocanegra que no dejara a Tutankamon con su rollo de «a fondo a la izquierda» que siempre les hacía perderse, y las dos motos dejaron la carretera principal los primeros.

Todo el día habían de rodar hasta el atardecer y con la luna llegaron el Yoniyón y el Biela con sus titis de paquete los primeros al chiringuito de Eulogio. Casi llena y de un anaranjado fuerte, a la Manivela le dio triste la luna —tal vez un flash del Colocado muerto a la orilla del mar— y se abrazó fuerte al Biela mientras éste, al paso casi, buscaba aparcamiento para las motos en una gran explanada bien iluminada frente al chiringuito.

—¡Chachi allí! —y el Biela le hizo seña a Yoniyón de que había encontrado un buen lugar, bajo una de las farolas; con un poco de suerte podían entrar las ocho motos de la basca juntas.

Kakadín se había bajado malhumorada porque el Yoniyón no la había dejado conducir apenas y desentumecía los músculos estirándose ostentosa. Yoniyón se apalancó a la moto, muy cansado del viaje, su ropa amarilla arrugada y sucia, y esto terminó de cabrear a la titi.

—¡Comemierda de mierda! —y la Kaka se dirigió a la Manivela—. Estos tíos son unos maricas. Te enrollan con ellos en la moto y luego ni te la dejan tocar —y al Yoniyón, despectiva—. ¡Puedes metértela por el culo, rata!

El Biela se acercó a la Manivela por detrás, le echó las manos a la cintura y le palpó un poco el vientre.

—¿Y tu barriga, Velita? —se mostró cariñoso con la chica, ella sabía que en las contadas ocasiones que eso pasaba, salvo cuando estaban cachondos, significaba cansancio.

—Va, pero de regla na. En una semana más tendremos que ligarnos algo que me eche pal cuerpo —dijo ella, y el Biela se aculó en la moto con ella ceñida por la cintura como la tenía.

—¡Qué follón! —y se quedaron pensativos.

La Kaka se recomponía los quiquis al espejo retrovisor de la moto en donde el Yoniyón seguía apalancado y sin dejar de agredirle de palabra, enfurruñada.

—Pareces un disco rayado —le decía el otro de vez en cuando, inamovible en su postura predilecta.

Pronto aparecieron Mata Maxa y J. L. Recio y Niñato; Biela y la Kaka les hicieron seña. No había habido novedad. El Recio tenía sed y se quería ir con Niñato a la barra del bar; le prometieron a la Mata no bronquear hasta que no llegaran los demás y se fueron. Kakadín quería ir con ellos y el Yoniyón se desapalancó entonces para acompañarles.

—A ésta no se la puede dejar sola —aclaró, refiriéndose a Kakadín, y se fueron tras los otros.

La luna se había elevado sobre el mar, ya blanca y casi redonda. Recordaron al Colocado. Mata Maxa creía haber visto unos segundos el perfil del colega muerto cuando ya estaba en el aire, casi rozando el manillar, como cuando Yoniyón se apalanca, y estaba convencida de que hizo un movimiento de mano que ella interpretó despedida, y de que lloraba. La Manivela estaba un tantito compungida y se apretó al Biela.

—Era bien legal —se limitó a contestar éste, y se quedaron pensativos, colgados de sus pensamientos.

No tardó mucho en llegar al Diestro tras el Chapa y el Tetas a toda hostia y se pasaron un pelín. A los pocos minutos volvían a paso de caballo y les hicieron seña. El Goliat venía exasperado con el Tetas porque cada vez que él iba de chófer se perdían o se enrollaban mal en los cruces; hasta que no pasó de paquete no lograron orientarse. Casi no les quedaba gasolina. Ni pasta; el Tetas, entre bocatas y café, había arrasado.

—¡Y tú, qué! Ni a un bocata dijo no éste —dijo el Tetas por el Diestro.

Del chiringuito llegaba música buena. El Tetas y el Chapa se fueron con los otros que habían ido al bar.

A la media hora los que seguían fuera estaban impacientes por los que no habían llegado aún. Ninguno de los tres

grupos llegados había tenido problema alguno con la pasma o con la gente, en ninguna de las paradas se había pasado nadie con ellos, ningún mosqueo con ningún otro vehículo. Tal vez los que faltaban habían tenido peor suerte. O el tobillo del Roqui. Del bar llegaba buena música. El Biela les dijo que entraran ellos, que él con la Velita esperarían allí; la Manivela le miró de reojo; seguía cariñoso: estaba cachondo. Al Diestro le pareció bien la idea; colocaron las motos en círculo en torno a la farola, los macutos dentro, y con la Mata Maxa entró en el bar.

En la explanada había hasta una docena de microbuses y otra de autobuses, varios camiones —de vez en cuando entraba o salía algún camión—, bastantes coches y poca moto. Ni un poli había aparecido por allí. El tanto coche indicaba que debía haber mucho turista. La Manivela se tendió entre los macutos; veía la luna arriba por sobre los manillares de las máquinas. El Biela se dio un garbeo para echar un vistazo a las otras máquinas y volvió pronto.

—No se ve buena máquina. Debe haber basca blanda —le comentó a la vuelta.

Tanto el Biela como su titi vestían pantalón y camisa de dril azul, que algunos decían azul marsellés y otros azul changai, con abundantes bolsillos, ropa holgada y nada vistosa, ceñido el pantalón a los tobillos y normalmente por dentro de los botos camperos de suela gruesa reforzada con clavos; se sentían muy cómodos con esta ropa y ni para dormir casi se la quitaban; lamparones de grasa aquí y allá, las manchas oscuras le daban aire de tela de camuflaje. La Manivela, en ocasiones contadas, se ponía un pañolón rojo con hilitos como de oro al cuello o a la cabeza. Para el frío llevaban en el macuto dos mantas que con una ranura en el centro habían convertido en ponchos, y ése era todo su vestuario. A veces el Yoniyón se metía con ellos y les llamaba tristes o muermos, pero ellos se sentían bien así.

El Biela volvió con los ojos brillantes y la llamó Velita —por segunda vez en poco tiempo: seguro que estaba cachondo— y se aculó en una de las motos. La Velita veía su

perfil. Se acordaron de Colocado; que el piloto funcionara después del salto era un pase de la hostia y el Biela no lo entendía bien. Al poco estaba allí tumbado al lado de la titi, la desabrochaba alguno de los botones de la camisa y le metía mano por las tetas; ella se dejaba hacer, floja, y le acariciaba el pelo grasiento, como crines.

—Necesitas un trasquilón, tío —le dijo cariñosa.

—Sí.

Algo después los botones claves habían sido desabotonados y echaban un polvo. Fue entonces cuando la geta del Bocanegra apareció y la Manivela soltó un grito; lo había visto aparecer de repente justo en el lugar de la luna, ésta enmarcando la cabezota como un halo o nimbo, parecía uno de esos santos de las estampas de los gurus. El Biela se mosqueó.

—¡Espera un poco, leches! —dijo, y el otro soltó una risotada y se apartó.

Habían llegado las dos motos que faltaban. Al fin. El Biela salió de entre las máquinas y macutos abrochándose la camisa y la bragueta, tras él la Manivela igual. La Macorina desataba los macutos, entre ellos el del Colocado que reconoció de inmediato el Biela, su mejor colega; le extrañó. Entre el Tuta y el Bocanegra llevaban al Roqui sujeto por la espalda y las piernas, casi a la sillita de la reina, y éste los brazos al cuello de los dos colegas. Estaba muy pálido y ojeroso; el tobillo le dolía mucho. Las dos titis le prepararon un camastro lo más confortable posible con los macutos, protegido por las motos, y lo acomodaron allí. Cualquier contacto con la parte dolorida le era insufrible.

El Tutankamon se quedó con el Roqui donde las motos y los otros se fueron hacia el bar. El Biela preguntó por qué tanta tardanza y el Bocanegra le contó que nada más desviarse por la secundaria al Tutankamon le dio un pronto y, con el Roqui malo como iba, se volvió al acantilado en donde estaba Colocado muerto. Iba tan excitado y ofuscado que no hablaba ni atendía a razones; tuvieron que seguirle para que no se metiera en líos y por el Roqui. El Tuta se echó

atalaya abajo por un lugar que vislumbró accesible y entre la Macorina y él pusieron las motos y al Roqui en un lugar más discreto, a cubierto de la carretera. La Maco se quedó con el Roqui y él fue para ver si podía convencer al Tuta para dejar el lugar; de la carretera, como no te asomaras por el lugar preciso, no se veía ni la moto accidentada ni al cadáver, así que no daban mucho cante; pero era arriesgado; sobre todo porque a aquellas horas ya habrían encontrado al poli muerto y podrían estar mosca los de la pasma. En fin. El Tuta allá abajo hablaba con el Colocado como si éste pudiera oírle, le cerró los ojos y lo sentó entre unas rocas frente al mar, más cómodo, como si estuviera vivo el pobre Colocado y no le importara ya una leche la postura. Cuando estaba a medio camino de vuelta con el macuto de Colocado, volvió a bajar de nuevo e intentó arrancar la pegatina del tigre bizco, pero no pudo; entonces puso en el regazo del muerto sentado que había sido Colocado el depósito de la moto y allí los dejó a los dos, mirando sin ver el uno para el otro, a Colocado y a su Mefistófeles, la fiera que él decía que llevaba dentro. No más de media hora había tardado en toda esa operación, pero luego perdieron más tiempo a cuenta del Roqui; pararon en una farmacia y en dos o tres cafés, el tío cada vez más jodido del tobillo. A la pasma la vieron un par de veces pasar, pero siempre a seguro; habían tenido suerte en eso.

Del interior del bar salía buena música y mucho jaleo. La Maco y la Manivela entraron primero, sus dos tíos detrás.

Todos le llamaban a aquello el chiringuito de Eulogio, pero el chiringuito de Eulogio propiamente no era aquello; quedaba al otro extremo de los terrenos, aislado junto a la playa, lejos de la carretera y, aunque había tan buena música como en el bar de la carretera —como le decían a aquel local—, tenía una marcha más tranquila, diríase romántica o jipiosa, lo frecuentaban más los viejos y la gente charladora, menos la basca dura. Eulogio y su mujer, una que acababa de quedarse paralítica, muy guapa, que le llamaban Josefina,



estaban todo el día allí y todos los querían bien y cuando iban a verlos había una especie de acuerdo tácito de que no iba a haber bronca y todo el mundo se portaba educado y fino.

Fue Yoniyón, al que vieron en la barra nada más entrar pidiendo un cubata, el que les dio eufórico todas estas primeras informaciones. Se lo había contado a él y a la Mata y al Goliat uno de los tipos del bar, un niñato un poco sonso pero que sabía cantidad de música y que vivía allí desde hacía un año o más.

La música era espléndida. La Maco se le colgó al Bocanegra del cuello y se marcaron un paso de baile bueno.

—Mércate una cervecita o un cubata, Biela —rogó la Velita.

—No quieren pasta en este bar —explicó el Yoniyón.

—¡Anda la hostia! ¿Qué quieren? —se sorprendieron a una el Biela y su titi.

—Un rollo que llaman bono, o algo así, que no me enteré bien de cómo era. Pero el primer día que vienes te invitan. Son unos juiyas de puta madre. Legales —Y Yoniyón hacía ufano de cicerone de su basca.

Pidieron copas a una chica que había en la barra.

—¡Eh, titi, dos cubatas y dos cervezas! —pidió el Biela.

—Estos son nuevos también —le dijo el Yoniyón a la chica, vestida con pantalón de mora y mucho collar.

—Me llamo Silví —su voz era cantarina, y les sonrió.

—Pues estás maciza, Silvi —le voceó el Bocanegra aún agarrado a la Macorina junto a los otros.

—No Silvi, Silví, mon amí —le respondió la otra con un movimiento de cabeza hacia él, un poco hacia atrás, que le daba marcha a su pelo largo castaño claro, como de anuncio de champúes o jabones.

La Macorina, desgredada del viaje, su pelo semilargo y despeluznado recogido en una cola de caballo mal parida, el pantalón de los remiendos y la camisa arrugados y sudados, contraste fuerte con su cara fina y blanca de muñeca china o japonesa, se mosqueó con las palabras de la chica

de la barra.

–Silví monamí –la imitó–. ¿No te jode la finolis? –y dejó de bailar y se acodó en la barra.

El Bocanegra le dio una palmada en el culo.

–Yo me llamo Maco, tía –le voceó para que la oyera desde donde preparaba las bebidas–. Y éste, Bocanegra, y es mi maromo.

La tal Silví volvía con las bebidas servidas en los vasos y sonriente hizo un gesto fino de cabeza.

–Encantada –y les sirvió los vasos.

–¿No tienes de lata o de botella? –siguió la Maco; se la veía con ganas de bronca.

–Todo es de presión, lo siento –respondió afable la Silví.

–Que es de balde –le decía el Bocanegra a su titi–, no te enrolles mal.

–¿Y los otros de la basca? –preguntó el Biela con el vaso en la mano.

–Se han ido a un sitio que le dicen Gimnasio. El Goliat y la Kaka están ahí al fondo sentados escuchando a uno que cuenta una historia –respondió Yoniyón.

Se miraron los cuatro con cara de asombro.

–¡No jodas! ¿La Kaka? –y el Bocanegra no sabía qué decir más.

–Sí, de piratas chachis y batallas en el mar y tal. Yo me enrollé ahí con unas máquinas tragaperras que no tragan perras y funcionan –siguió el Yoniyón.

–¡Pues vaya mierda de máquinas! –dijo la Manivela.

–¡Bah! Te acostumbras –comentó, sabio, Yoniyón contoneando su cuerpo amarillo un poco sobado al compás de la música.

Un ángulo del gran salón del bar, tras un arco escazano que más para separar servía para enmarcar, una estera con anchas franjas de dibujos geométricos y algún cojín que otro, luz tenue azulada que contrastaba con la fuerte iluminación blanca del resto del salón y un miniestrado o miniescenario que otra estera igual cubría, en sus flancos dos anchos ventanales de arco de medio punto que se abrían sobre

el campo y al fondo el mar, la luna bien visible por uno de ellos en aquel momento, era el lugar donde de vez en cuando un narrador contaba alguna historia. Y, allí, el prodigio: la Kaka sentada a la turca, sobre los tobillos más o menos, en primera fila mirando con la boca abierta a un tipo que hablaba, el Goliat a su lado igual, jugaba con las cadenas en la boca con el gesto inconsciente que ponía sólo cuando estaba muy tranquilo o la Mata Maxa le leía un comic. Otros quince o veinte de atuendos dispares compartían con la titi y el Diestro silencio y expectación.

El Biela y sus colegas no se lo podían creer. Uno que pasaba, al verlos novatos, se les acercó y les explicó que eran frecuentes aquellas sesiones, que a la gente les enrollaba mucho sobre todo cuando el narrador era aquel que estaba allí, uno al que le llamaban Antonio el Marinero, que pasaba cada año una temporada en lo del Eulogio y navegaba en un barco que tenía que le decían el galeón. La gente amaba sus historias antiguas de cautivos, de corsarios y renegados, de ciudades sitiadas y fronteras, las aventuras de soldados por Italia o por Levante, las narraciones de escenas crueles de españoles, turcos o venecianos; tal vez sus héroes más queridos fueran Jeredín Barbarroja, Dragut y Uchali, como decía malpronunciando nombres exóticos y admirados, exóticos y tan cercanos, en absoluto exóticos ya. El cuento del día lo tenían anunciado en un cartel: «Canto a Uchali, renegado calabrés, hijo de familia muy pobre, que llegó a ser rey de Argel y Gran Almirante de la Sublime Puerta, muerto en julio de 1587 a los 67 años de su vida».

—¡No es antiguo ese fulano ni na! —comentó la Manivela.

El narrador había hecho una pausa porque la gente estaba seca y él mismo tenía ganas de tomarse algo. La Kakadín llegó hasta donde estaban sus colegas excitada.

—¡Qué pasada de historia! ¡Chachi! ¡Más hostias que en un tebeo bélico! —y se fue corriendo hacia la barra a por un cubata.

El Goliat venía con hambre.

—Se enrolla mejor ese mec con las historias que la Mata.

No veas los cirios que se montaban con las galeras de presos y esclavos, con cadenas y todo el montaje. De película –y se fue hacia la barra con los demás.

El narrador era un carroza de unos cuarenta años con los ojos muy claros, camiseta marinera de rayas rojas sin mangas, calzón corto y chancletas. Pasó frente a ellos y le decía a otro que en diez minutos continuaba con el cuento. La Kaka llegó con su cubata y le dijo a la Maco que si ella hubiera vivido en aquellos años tan antiguos que le hubiera gustado ser corsaria renegada, como «el Chali», decía.

–Sí, para pasarte por la piedra a la tripulación –rio el Yoniyón.

Sonaba una canción que le gustaba a la Maco, aquella que decía «Pareces de la unicef, venga a salvar niños y pa qué», y ésta quería hacer que el Bocanegra moviera el esqueleto, pero nada.

–Estos tíos que cantan no me van; parecen maricones –decía el Bocanegra.

–Tienen la voz fina, pero son chachis –decía la Maco mientras se le retorció delante como una culebra.

–Parecen titis –insistió Bocanegra.

–Pues lo de la voz fina –se la paró delante la Maco, tomándose a pecho la defensa de su grupo preferido– no es cuestión de cojones sino de cuerdas bucales.

Goliat llegó con un bocata descomunal y una cerveza gigantesca; no se acostumbraba al vaso y no sabía cómo tratarlo para que no se le derramara. El Biela se acordó del Colocado; no podía remediarlo; le comentó a la Manivela que era una chorrada lo que había hecho, que ya podía haberse esperado un poco. Se fueron a por otras copas; el narrador iba a comenzar de nuevo, se había instalado en el estradillo; quedaron en verse más tarde en lo que llamaban el Gimnasio con Goliat y Kakadín.

–Habéis perdido la chaveta todos –decía malhumorada la Maco, aún con ganas de bailar–. Ahora os vais a poner a hacer gimnasia, o qué.

El Yoniyón le explicó a la Maco y a los otros que lo que

llamaban el Gimnasio no era gimnasio talmente sino el local de música y marcha más dura, que si te enrollaba la gimnasia la hacías y si otra cosa, otra cosa. La Maco no estaba muy convencida.

—Además, ¿qué hacemos con el Roqui? —añadió, y todos se sobresaltaron.

La Mata Máxa entraba en esos momentos por la puerta que daba al detrás del bar por donde se iba al gimnasio, toda acalorada látigo en mano. Ni los vio siquiera, derecha a la barra en donde pidió cerveza. Se le acercaron.

—Mata, ¿qué podemos hacer con el Roqui? —le dijo el Biela—. Está ahí fuera con el tobillo hecho una mierda.

Se alegró de verlos. Podían acampar al otro lado de la carretera; tras el aparcamiento había una zona de acampada con servicios y hasta médico. Y en el Gimnasio —se le iluminó la cara a la Mata, a pesar del sofoco—, puta madre: bronca dura, dura, dura, a tope... lo malo era que lo único que podías tomar era helado de cucurucho de barquillo, y eso era un corte. El Biela y la Manivela dijeron que ellos se encargaban de la acampada y la Maco quiso acompañarles. La Mata apuró la cerveza y, el Bocanegra con ella, volvieron al Gimnasio. Yoniyón dijo que él esperaba a la Kakadín y al Diestro para ir juntos al Gimnasio y que se iba a enrollar con las tragaperras. Se separaron. En el bar casi no quedaba basca, sólo turistas que entraban, tomaban algo, charlaban o echaban un vistazo y se iban; y los de la historia del rincón del fondo, allí apalancados todavía.

Yoniyón se entretuvo con una máquina muy antigua de las que ya no se veían en su ciudad; había que hacer pasar una nave espacial larguirucha por una sucesión interminable de obstáculos, primero disparos de unos monstruos que aparecían por todas partes, luego aerolitos y verdaderas cortinas de lluvia de fuego que si te tocaban te desintegraban, muros que parecían de ladrillos pero que debían ser gases solidificados con huecos angostos por donde podías atravesar y un montón de elementos agresivos más que al final siempre terminaban dándote un cebollazo y destruyéndote. Lo intentó

dos o tres veces, sin éxito, y se dedicó a mirar a un canijillo que jugaba a su lado, verdadero experto en hacer pasar naves por agujeros insólitos y que cuando —lo que era raro— le alcanzaba algún proyectil o no podía esquivar algún obstáculo casi se soltaba a llorar y miraba con ojos de besugo agónicos a quien le mirara. En ésas estaba cuando, por la espada, alguien le saltó encima y se le atenazó con las piernas a la cintura y le cubrió los ojos con las manos; palpó con las suyas por detrás y tocó un culete familiar.

—¡Kaka! —dijo, y la otra saltó al suelo.

—¡Listo! ¡Tocando no se vale!

Goliat reía detrás de ellos, un vaso gigante de cerveza en las manos, que mimaba, aunque ya estaba mediado, para que no se le derramara.

—¿Te han dejado solo? —preguntó a Yoniyón al no ver a nadie por allí cerca.

—Sí, pero aquí puedes andar solo. La basca te respeta y los turistas vienen de mirones.

—Pues a mí me jode que los turistas me miren —saltó la Kaka.

—¡Porque a ti te jode todo, tía! —le saltó el Yoniyón.

—Menos tú, que lo único que me haces es mearme, iimpotente! —ya estaba mosqueada, pero no pasó nada porque al Yoniyón le entró la risa.

Se fueron a por una última copa antes de pasar al gimnasio. Kakadín se fue a la barra en una carrera. Detrás de ella, más despacio y jugando su cuerpo con la música que sonaba, le decía Yoniyón a Goliat:

—Esta burra cada vez que me la follo se cree que la meo porque dice que le da gusto y no le duele y me siente mucho dentro —y el Goliat reía.

En la barra la Kaka estaba de bronca con la Silví, pero ésta se veía que pasaba de ella cantidad.

—¡Te podías meter el vaso por el coño, titi! ¡Mira que no tener latas ni botellamen! —le decía cuando llegaban sus colegas.

—El vaso es más fino, y éste es un sitio fino, ¡a ver si te

enteras! —dijo Yoniyón, y le hizo un guiño a la Silví—. ¿Verdad, Silví?

—Silví, mon ami —y sonreía; se acodó en la barra y les explicó la cosa, el Goliat los ojos abiertos como platos—. Antes hubo latas y botellas, pero la gente se abría la cabeza con ellas; hicieron asamblea y decidieron poner todo de barriles de presión y depósitos fijos y vasos ligeros, de los que se pueden tirar en una papelera pero no como proyectil.

Goliat miraba su vaso vacío; se dio cuenta de que no pesaba nada, lo apretó con su manaza y se le arrugó todo.

—¡Anda la hostia! —dijo—. ¡Es verdad! —rieron al ver su cara de sorpresa, y él dejó el vaso todo deformado como una pelota sobre la barra.

Se despidieron de la Silví y se fueron hacia el Gimnasio. En la puerta de atrás se encontraron con el que llamaban Antonio el Marinero que, con otros, salía también. La Kaka le abordó.

—Oye, viejo, ¿es verdad que tienes un barco?

La miró sonriente con sus ojos clarísimos.

—Sí; se llama el galeón. Cuando quieras te doy un garbeo en él, chiquilla.

Le había dicho «chiquilla»; todos los viejos últimamente, salvo los bordes de los turistas, le decían así y le gustaba.

—¿Y tienes esclavos galerotes o como se llamen en tu barco? —siguió preguntando la Kaka, todos alrededor divertidos.

—No; ahora ya no hay remeros; eso pasaba en tiempo de Uchali, hace medio milenio. Ahora los barcos se mueven con motores —el tono de voz cálido del tal Antonio la subyugaba—. Tengo el galeón en un puerto cercano; cuando quieras te llevo a visitarlo.

—No me va nada el mar; no sé nadar y me da miedo el agua. No es que no me guste, pero no estoy acostumbrada... —estaba elocuente la Kaka, el Goliat flipaba al verla así y el Yoniyón estaba extrañado; siguió—. Si un galerote de aquellos es como un motor, habría galerotes moto, ¿no?

Antonio y los otros que estaban con él, uno viejo y dos o tres chavales, rieron la ocurrencia de la Kaka, Goliat y Yo-

niyón no encontraban la gracia. El marinero le echó un brazo al hombro y salieron a la noche, hermosa de inicio de la primavera.

—Verás —siguió el Antonio paseando con los otros al lado—. Un motor es una cosa que los hombres fabrican y un galerote, como tú dices, que se dice galeote, es un hombre forzado a remar en galeras por un delito o porque era esclavo; pero eso ya no pasa; pasaba hace cientos de años, como te dije.

—Entonces, ¿no se puede echar un esclavo moto, por ejemplo? Estaría bien —siguió la Kaka con aire interesante, el Yoniyón algo mosqueado, los demás felices.

—No. Ya es tarde para eso, muchacha —y el tal Antonio se le paró enfrente sonriente.

—Será tarde porque tú lo dices y sabes un mogollón, tú; pero yo trabajaba como una esclava en la fábrica antes de abrimme con el Yoniyón —repuso la chica con una seguridad oratoria que pasmó, una vez más, a sus dos colegas.

—Eso es otra cosa —replicó el Antonio serio, volviendo a pasear—. Podríamos considerar que hay nuevas formas de esclavitud, estás en lo cierto. Pero teóricamente puedes abrimte, como tú lo has hecho, y antes no porque pasabas a ser cimarrón o esclavo huído y podían perseguirte y matarte incluso por ello.

La Kakadín se le plantó en jarras delante.

—Pues a mí no me importaría ser galerota tuya, viejo. Me caes puta madre de bien. Te lo digo legal —y la chica, se veía, hablaba tan sin bromea que hasta el Yoniyón sintió un escalofrío.

Antonio se quedó muy serio; sus ojos clarísimos miraban a la chica con ternura inmensa; le puso una mano en la mejilla.

—¿Cómo te llamas?

—Kakadín, pero llámame Kaka.

—Kaka: no tienes que dejar que nadie te haga su galerota, como dices. Seremos amigos mientras seas libre, ¿comprendes? Si alguien te quiere hacer galerota, tienes derecho hasta



a matarle.

La Kaka estaba un poco confusa, pero emocionada. No comprendía el alcance de las palabras del Marinero pero sus ojos y su voz eran de verdad. Con un leve movimiento de cabeza acarició con la mejilla aquella mano de tan buena vibración, y luego saltó rápida hasta el Yoniyón.

—¿Has oído tú? —Yoniyón no reaccionó porque no entendía nada y el grupo estaba expectante—. Si no me dejas conducir la moto, que es lo que habíamos tratado cuando nos abrimos, puedo hasta matarte.

Ante la sorpresa de todos —el Diestro hacía rato que se sentía perdido en aquella conversación— Antonio rogó a la chica que se explicara.

—Explicanos eso, Kaka —le dijo.

—Cuando nos abrimos de casa el Yoniyón y yo nos fundimos toda la pasta que teníamos en la moto, y yo tenía más que él. Al principio, chachi; pero a más y más el chulo de mierda se fue quedando con la moto y ahora, si quiero conducir, tengo que quitársela por las bravas —y la Kaka estaba excitada—. Somos colegas y eso no es legal, ¿no?

Todo claro, el Marinero juzgó que no es que Yoniyón quisiera hacerla esclava suya sino que era un poco egoísta el tipo y que lo que tenían que hacer era llegar a un acuerdo por horas o por kilómetros. Yoniyón protestaba que la Kaka era muy brusca manejando, aunque buena motar, y que forzaba mucho la máquina sin necesidad. Al final, Goliat, que ya había entendido de nuevo por dónde iba la cosa, prometió ser abogado de la chica en asunto moto con Yoniyón y se despidieron. Antonio les dijo que no les acompañaba al Gimnasio, frente al que estaban, porque había quedado en el chiringuito, que estaba más allá, junto al mar, en el extremo de aquel campo medio en obras aún, pero que ya se verían más adelante, que cuando quisieran pasaran por lo de Eulogio y Josefina, que estaría allí alojado una semana antes de embarcar de nuevo en el galeón. Prometieron pasar y se despidieron; dos de los jóvenes que iban con Antonio entraban también en el Gimnasio.

—¡Joder, tía, qué manera de largar! —le había dicho el Yoniyón.

—A una le gusta la conversación con gente inteligente; vosotros sois todos una panda burros —y el Yoniyón le había dado un codazo.

La Kaka, desde la puerta muy iluminada, se volvió unos segundos para ver alejarse a aquel viejo tan chachi, en lo alto la luna, al fondo el mar.

Cuando el Biela, su titi y la Maco llegaron junto a las motos bajo la farola, el Tuta y el Roqui dormían como dos angelitos entre los macutos; decidieron no despertarlos, a pesar de que con los coches que entraban y salían no era aquel el lugar más adecuado para descansar. Era el de los dos un sueño agitado pero, al parecer, profundo pues el Roqui le había metido un codo en todo el ojo al Tuta y éste no sólo no se había despertado sino que, cuando se agitaba, removía todo salvo la cara que parecía que se metía más por el codo del Roqui; y a éste le pasaba igual: rebullía partes de su cuerpo, pero nunca el tobillo herido ni el codo que apoyaba en el ojo del Tuta. Les entró la risa con la escena. En una moto el Biela y la Manivela se fueron a dar un garbeo por la acampada para estudiar el terreno.

Al fondo del aparcamiento había una flecha colorada muy grande y un dibujo que representaba una tienda de camping y una moto; más pequeñito, un letrero: «lugar de acampada». Pasaron bajo los árboles de un bosquecillo, pinos sobre todo, y otra flecha colorada grande con otro letrero: «información», sobre una caseta muy iluminada. Se acercaron; a la puerta había media docena de motos aparcadas, las mejores que había visto el Biela hasta el momento, aunque no mejores que la suya. Una chica con una pantalónada mora, como la Silví del bar, estaba tumbada en el centro de la caseta leyendo unos comics, un radio casete al lado a toda pastilla.

—¡Hola! —les saludó al entrar; los miró unos segundos y siguió con su tebeo—. ¿Nuevos?

—Sí —respondió el Biela.

En la caseta no había nada de nada, salvo un minitablero de mandos en una esquina y un armarito con muchos comics, como doscientos o mil, era imposible de calcular; una alfombra en el suelo en donde la chica estaba tendida completaba el mobiliario. Esta se incorporó un poco perezosa, dejó el tebeo abierto sobre la alfombra y se acercó a la Manivela para darle un beso; la Manivela se echó atrás, pero accedió un poco cortada al beso en la mejilla de la titi. Luego le dio otro al Biela, igual de cortado.

—Bienvenidos —les dijo amable, a pesar de su cara de sueño—. Me llamo Lucy. ¿Cuántas motos sois?

—Ocho —musitó el Biela.

—Venid —les dijo, y tomó de la mano a la Manivela que, más cortada aún, miró al Biela y se intercambiaron un movimiento de cejas de psss—. Como sois nuevos nuevos os explico lo del tablero y luego vosotros se lo explicáis a vuestra basca. Aquí, número de motos; aquí, tíos; aquí, tías; aquí, niños. Y aquí, si sabéis el tiempo que vais a quedaros o no. Es para la estadística, práctico para preparar abastecimientos y tal, no rollo de control.

—Tenemos un colega malo —apuntó la Manivela.

—Un poco más adelante hay enfermería y farmacia, no es problema —dijo la Lucy.

Botonearon los datos, ocho motos, diez tíos, cuatro titis, ningún niño, no sabían el tiempo de estancia. La Lucy volvió a la alfombra y se sentó a la turca; era guapa, de pelo largo y sedoso, castaño claro, un pañolón estampado como hindú que hacía de camisa tetero y muchos collares. Tenía más de veinte años pero menos de treinta.

—¿No te amuerma estar sola aquí? —le preguntó la Manivela, de pie con su colega, frente a ella.

—¡Bah, leo! Además, es un rato de vez en cuando y hasta viene bien.

—¿Y no os han jodido la caseta nunca? —se sorprendió el Biela.

—De vez en cuando algún pirado entra con la moto hasta

aquí o le pega un viaje al cristal de las paredes pero, como es blindado, no pasa nada. Realmente, todo es irrompible; los mismos mandos se bloquean al mínimo rollo raro.

Se despidieron. Les dijo que en el sector tres, cerca de los servicios, duchas y tal, había sitio bueno para grupo de ocho motos, que ella tenía unos amigos allí y que era chachi el lugar.

—¿No chorcean? —preguntó el Biela desde la puerta.

—Es raro. Hay chavales de guardia permanente y la gente viene muy tirada del gimnasio como para andar de bronca por aquí —respondió la chica Lucy.

Siguieron con la moto. «Chachi, la Lucy», le había dicho la Manivela al Biela. A ambos lados del camino comenzaron a aparecer las acampadas, decenas y decenas de motos por allí, tal vez más allá más, podían ser cientos a lo mejor, y casi ningún fulano. Los vigilantes debían ser grupos de chavales que, aquí y allá, bajo las farolas, charlaban, echaban alguna partida a algún juego o leían libros o tebeos. Preguntaron a uno en bañador que leía un comic bajo una farola por el sector tres y les dijo que era aquél; un pabellón iluminado cerca debía ser el área de servicios, una sucesión de barracas en torno a una gran más que piscina alberca o lago artificial.

—No me esperaba esto tan puta madre —le dijo el Biela a su titi, y se volvieron.

Junto a la caseta de cristales blindados una basca de cuatro motos acababa de llegar. Salieron a donde estaban las suyas. El Roqui estaba dormido aún y el Tuta y la Maco sentados charlando, la Maco muy triste; hablaban de Colocado. Cuando todo empezaba a marchar, va y se mata; eso era mala suerte; un día más y hubiera sido tal vez diferente. La Manivela creía que su moto no tenía arreglo, pero hubiera podido continuar con ellos; el Tuta opinaba que Colocado sin la moto del tigre bizco no les hubiera seguido.

—Yo hubiera hecho mismamente eso —dijo hosco, y acarició su máquina, negra y amarilla brillante.

Despertaron al Roqui y en tres motos volvieron a la zona de acampada, al sector tres; le dejaron allí con dos máquinas

y el Biela volvió con la Maco y el Tuta en la suya; repitieron la operación dos veces. Todas las motos en el sector tres, dejaron de nuevo dormir al Roqui —estaba sombrío y no hablaba, le dieron una pastilla— y se volvieron paseando hacia el bar; el chico vigilante del sector tres, el del bañador, con un radio casete y un comic de un tal Pinto Godinho que se llamaba «Los niños en la guerra y los niños en la casa de Zeralda» que les dijo que fetén, les había asegurado que podían estar tranquilos con las motos, que hacía mucho que no pasaba nada chungo en la acampada. Por la caseta de la entrada pasaron un momento para saludar a la Lucy —la basca de las cuatro motos se había abierto ya— y enseñarle a la Maco y al Tuta la máquina de la estadística y el lugar. La Lucy les dijo que en una hora o dos, tarde, en cuanto llegara el relevo, se pasaba por el Gimnasio antes de irse a dormir. Quedaron en verse allí. En el bar no quedaba nadie de su basca ni de otras bascas; puro turista y gente muerma, cursi o fina. En el rincón del narrador de historias, luz azul irreal y pálida enmarcada por el ancho arco escarzano, un grupo de turistas tomaba una copa asomados a los ventanales por donde ya no se veía la luna. El Tuta tenía sed, le explicaron lo de que el dinero no valía, lo que no le entraba en la cabeza.

—¡Están majaras! —repetía.

La tal Silví ya no estaba allí; había otra chica mulata muy guapa y otros tíos. Se fueron por la puerta de atrás hacia donde uno les dijo que estaba el Gimnasio. La luna muy alta ya, caminaban en silencio, sin duda Colocado en sus cabezas y corazón.

**Sigue en 08-04-Los hijos del agobio**